

Hora de Taller. Taller de España¹

En «México y los poetas del exilio español», Octavio Paz ha dicho que el asunto que nos ocupa —el de la emigración de los escritores españoles a México durante y después de la Guerra Civil— es un capítulo de la historia de «los pueblos en dispersión y las naciones fugitivas»; un episodio de la historia nacional de España y, finalmente, un episodio también de «otra historia igualmente tormentosa: la de las relaciones entre México y España»².

Comentaré un apartado, casi una nota al pie, de esa historia, que atañe a la literatura: el de las relaciones entre la revista española *Hora de España* (1937-1939) y la mexicana *Taller* (1938-1941). Me conduce a revisar este capítulo la necesidad de enmendar una doble injusticia: la que, en los trabajos sobre el exilio de la generación española, ignora el quehacer de su contraparte mexicana, y la que, cuando no ignora el episodio de las relaciones entre estas revistas, lo reduce si acaso a una suerte de prolegómeno anecdótico a la fundación de *Romance*³. Me interesa proponer, en cambio, que fue precisamente en *Taller* donde se llevó a cabo, en materia de hemerografía, la primera experiencia tanto del exilio como del «período de reconocimiento» que se establece entre españoles y mexicanos, después del «mutuo y obstinado desconocimiento» que ha señalado Paz⁴.

Comencemos por recordar a sus protagonistas: en la nómina de la española se cuentan Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, María Zambrano y Arturo Serrano Plaja (Lorenzo Varela se sumaría al grupo en el campo de concentración en Francia y luego en el exilio). En la mexicana militan los poetas Octavio Paz, Efraín Huerta, Rafael Solana, Alberto Quintero Álvarez y Rafael Vega Alvela, a los que se sumarían, parcialmente, el ensayista y periodista José Alvarado y el narrador José Revueltas. La historia de las relaciones entre estas dos generacio-

¹ Ponencia leída en el Coloquio Internacional «Los poetas del exilio español en México», mayo de 1993, El Colegio de México.

² Recogido en Obras completas 3: Fundación y disidencia, dominio hispánico, Círculo de lectores, Madrid, 1990, pp. 308 y ss.

³ Menciono dos casos significativos por la calidad de sus autores: la «Introducción» a la Antología de *Hora de España* (Turner, Madrid, s.f.) de Francisco Caudet, en la que se omite la relación con *Taller* para proponer que la revista española continuaría su labor «fundando *Romance*» (p. 48), error que Caudet enmienda parcialmente en *El exilio republicano en México*. Las revistas literarias (1939-1971) (Fundación Banco Exterior, 1992). Otro tanto hace Rosa María Grillo en «De *Hora de España* a *Romance*» (en *Le Discours Culturel dans les revues Latino-Américaines de l'entre-deux-guerres 1919-1939*, *América, cahiers du CRICCAL*, 45, Sorbona, París, p. 187).

⁴ Paz, op. cit.

nes y sus revistas es inusitada en la crónica de las revistas y generaciones hispánicas y en la nutrida historia de los exilios literarios. Sus antecedentes se ajustan a las clásicas especificaciones de la mecánica generacional, así como al hecho de que ambas promociones surgen en un momento especialmente complicado de la historia política y literaria: ambas representan, a pesar de una leve mayoría de edad por parte de la española, la primera generación que surge en sus respectivos países después del apogeo de las primeras rupturas posteriores al modernismo, y ambas protagonizan un momento singularmente abierto de las culturas hispánicas.

Como siempre sucede, la generación mexicana se hallaba mucho más enterada de su contraparte española (a la que leía desde 1933, cuando Serrano Plaja y Sánchez Barbudo hacían *Hoja Literaria*), no sólo por el superior cosmopolitismo americano y su natural afición a las muchas veces desdeñosas letras peninsulares, sino por la solidaridad poético-política hacia la causa de la República, en la cual leían sus propios anhelos de liberación nacional.

Esta simpatía generacional se verá fortalecida por otra circunstancia determinante: a mediados de 1937, cuando hace proselitismo en favor de la República (por ejemplo es miembro de un «Comité Pro Democracia Española») mientras es maestro en la Secundaria Federal para Trabajadores de Mérida, Yucatán⁵, Octavio Paz, miembro prominente de la generación de *Taller*, recibe una invitación de Pablo Neruda para asistir al Congreso de Escritores de Valencia, junto a Carlos Pellicer, otro poeta independiente, y José Mancisidor, presidente de Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de México, la LEAR —cortada con la tijera de los frentes antifascistas y más o menos subordinada a las exigencias del realismo socialista zhdanoviano⁶. Durante su estancia en España, donde permanece una vez terminado el Congreso, Paz dicta algunas conferencias, experimenta de cerca el horror de la guerra, viaja y se relaciona con jóvenes españoles, campesinos y poetas, sobre todo los de *Hora de España*, cuya *Ponencia colectiva* escuchó, emocionado, en el Congreso. Llevaba una alforja en la que tanto cabían una decidida solidaridad republicana como un natural filomarxismo; su fervor por la poesía española del 27 y una cierta incomodidad ante la poesía helada y cerebral de la mexicana generación de los Contemporáneos, antecesora de la suya; llevaba también una insatisfacción juvenil que proyectaba hacia el dilema español un aliento epopéyico y un fervor ideológico que desbordaba las estrecheces de las muchas organizaciones juveniles prohijadas por el gobierno popular del general Lázaro Cárdenas (1934-1940). En los periódicos mexicanos y en las revistas españolas y americanas, la generación de *Taller* había seguido de cerca los sucesos de la Guerra Civil y las discusiones de Bergamín y Ortega, Gide y Malraux. En las revistas españolas, además, la edificación de sus jóvenes poéticas se había nutrido

⁵ Experiencia semejante a las Misiones Pedagógicas en que se había comprometido en 1933, en España, Sánchez Barbudo.

⁶ La LEAR, que se asumía como la única organización autorizada para representar al arte mexicano, había tratado de sabotear las invitaciones a los independientes. Procuró hacer pasar a Paz como miembro de su organización, y aún hay quien desea creerlo. La hemeroteca despeja cualquier duda al respecto: El Nacional (viernes 11 de junio de 1937, 1.ª, 1) hace la relación de los viajeros y señala: «Octavio Paz y Carlos Pellicer, quienes no pertenecen a la LEAR, cubrirán también todos sus gastos».

de las abundantes discusiones sobre la nueva función de la poesía. Entre ellas, tenían que sentir una especial simpatía por *Hora de España* y por sus colaboradores, algunos de los cuales aparecían ocasionalmente, y seguramente sin saberlo, en las páginas editoriales de *El Nacional*, diario mexicano oficial⁷.

De las dispersas evocaciones de Paz y otros memorialistas se desprende la cercanía que, durante el viaje, el joven poeta mexicano adquirió con Arturo Serrano Plaja —quien más impresiona al joven Paz— y después con Altolaguirre, Juan Gil-Albert, secretario de *Hora de España*, Luis Cernuda⁸ y Miguel Hernández⁹. A Rafael Alberti, que dirige en 1937 la Alianza de Intelectuales de Madrid, lo conocía desde su estancia en México, en 1934, cuando se hallaba en gira de proselitismo en favor del Socorro Rojo Internacional¹⁰.

Gil-Albert recuerda la llegada de la delegación mexicana (a Paz, Pellicer y Mancisidor se habían unido otros escritores y artistas de la LEAR): unos exploradores que atraviesan el mar a contrapelo, navegando en «las doraduras de sus altares, de un churriguerismo que se había declarado independiente y que casi nos chocaba tanto como se nos parecía». Entre la infame turba mexicana —pastoreada por el radical Mancisidor, suavizada por el cuentista Juan de la Cabaña, embriagada por el estruendo del músico Silvestre Revueltas, decorada por el pintor José Chávez Morado, cantada en bajo profundo por Carlos Pellicer, vigilada por el museógrafo Fernando Gamboa¹¹— los jóvenes de *Hora de España* eligen naturalmente a Paz, «figura en que se centró nuestra preferencia» como recordaría Gil-Albert años más tarde, asombrado de que siendo Paz «tan afín y tan diferente a los suyos (los mexicanos), les perteneciera a ellos y no a nosotros»¹².

⁷ Por ejemplo, circula profusamente en los diarios simpatizantes el ensayo de Gil-Albert «Palabras actuales a los poetas», sobre Caballo Verde y el objeto de la poesía.

⁸ «Lo conocí en el verano de 1937, en Valencia. Fue un encuentro fugaz. Una mañana acompañé a Juan Gil Albert, que era el secretario de *Hora de España*, a la imprenta en donde se imprimía la revista. Ahí encon-

tramos a Cernuda, que corregía alguna de sus colaboraciones. Gil-Albert me presentó y él, al escuchar mi nombre, me dijo: "Acabo de leer su poema y me ha encantado". Se refería a *Elegía* a un joven muerto en el frente de Aragón que debía aparecer en el próximo número de *Hora de España* (septiembre) y que uno de mis amigos, Altolaguirre o Gil-Albert, le había mostrado en pruebas de impre-

ta. Le respondí con algunas frases entrecortadas y confusas...», *ibíd.*, p. 263.

⁹ «Lo conocí cantando canciones populares españolas, en 1937... cantaba con su voz de bajo y su cantar era como si todos los árboles cantaran. Como si un solo árbol, el árbol de una España naciente y milenaria, empezara a cantar de nuevo sus canciones... sé que fuimos amigos; que caminamos por Madrid en ruinas y por

Valencia, de noche, junto al mar, o por las callejuelas intrincadas...» (1942), *ibíd.*, pp. 346-347.

¹⁰ Paz: «Rafael Alberti, visto y entrevistado», *ibíd.*, pp. 375 y ss.

¹¹ También viajaban con el grupo Elena Garro, entonces esposa de Paz, y Susana Gamboa, que no eran delegadas.

¹² *Memorabilia*, Tusquets, Barcelona, 1975, pp. 230 y ss.